

Así pasaron tranquilamente el día y la noche hasta la mañana del 23. Hasta entonces solo había recorrido algunos barrios alguna sección de guardia nacional, llamada á las armas ya por su respectivo alcalde de barrio, ya por su propio jefe, sin orden superior, con el solo objeto, puramente voluntario y local, de evitar excesos. Pero el día 23 el jefe superior de la guardia nacional, el general Jacqueminot, mandó que dos batallones de cada legión se pusieran sobre las armas. Esta fuerza, que en el fondo era una corporación política, ó mejor dicho, la representación armada del pueblo de París, no pensaba ni remotamente en atacar ni menos derribar la monarquía, pero quiso aprovechar la ocasión de dar una lección bien intencionada al gobierno y obligar al rey á despedir al ministerio. En la seguridad de que la tropa no haría fuego contra ella, impidió con su sola presencia que las fuerzas del gobierno acabasen con el motin dispersando los grupos. Esto envalentonó á los verdaderos centros revolucionarios. La cuarta legión de la guardia nacional firmó una petición á la cámara pidiendo la destitución de Guizot, y una columna de la misma legión se dirigió á la cámara para pedirle que votase la reforma electoral. Thiers y Barrot suplicaron á los guardias que se retirasen, pero no lo hicieron hasta que el jefe de la fuerza, el general Jacqueminot, prometió hacer presente al rey el deseo de la guardia nacional.

En los diez y ocho años de su reinado Luis Felipe había visto tantos motines, de los cuales había salido siempre vencedor, que al principio no se alarmó de lo que ocurría; pero cuando supo la actitud independiente de la fuerza cívica, empezó á temer. Su esposa é hijos le asediaban con sus súplicas para que cediera, auxiliados por la misma índole humanitaria del rey, que no le permitía dejar llegar las cosas al extremo mientras quedaban otros medios. Estaba dispuesto entonces el rey á separarse de su ministro que tantos años le había servido fielmente; en efecto, así se lo dijo á Guizot, el cual le aconsejó que encargara á Molé la formación de un nuevo ministerio, y desde la real estancia dirigióse á la cámara para anunciarle su retirada. La mayoría que durante tanto tiempo le había seguido á ciegas, no conociendo mas voluntad que la suya, quedó consternada. «¡El rey nos vende!» gritó, pero fuera de la mayoría, la noticia causó grandísimo júbilo en todas partes; el horizonte político se despejó de repente y como por arte mágica desapareció la congoja general que durante dos días había tenido suspensos todos los ánimos. La ciudad se iluminó, y con razón, porque el pueblo había triunfado, y hacia las seis de la tarde del día 23 quedó todo arreglado, sin motivo alguno que pudiera hacer temer una nueva alteración del orden público.

No fueron por desgracia de esta opinión las juntas de las sociedades secretas en los barrios obreros. Viendo que no se había presentado el caso fortuito con el cual habían contado para salir á la calle, soltaron sus bandas para provocarlo á todo trance, y hacia las 9 de la noche reunióse una turba de unos 500 obreros á los cuales se fueron agregando á cada paso mas, que llevando hachas de viento y faroles de papel de colores, se dirigió, precedida de una bandera roja y cantando la Marsellesa, al ministerio de Negocios extranjeros para obsequiar á Guizot con una cencerrada. Al llegar al boulevard de los Capuchinos encontró esta turba un destacamento de tropa que le cerró el paso y cuyo jefe, el teniente coronel Courand, trató de hacer comprender á los alborotadores lo inconveniente de su proceder. A sus palabras contestó uno de los hombres armados de antorchas con un impropio soez, y por tres veces seguidas trató de quemar con la tea la barba del oficial, acompañando su acción con palabras insultantes. Tres veces apuntó con su fusil al insolente el sargento Giacomini, natural de Córcega, y otras tantas el

oficial desvió con la mano el arma; pero cuando el salvaje obrero aproximó su hacha por cuarta vez á la cara del oficial, y este mandó calar la bayoneta, el corso, fuera de sí, apuntó y disparó, y sin orden del oficial le imitó toda la compañía al mismo instante, tendiendo en tierra 52 heridos y muertos; con lo cual la turba aterrizada se retiró (1).

Este suceso lamentable fué celebrado como una gran fortuna en la redacción de *La Reforme*, cuyos redactores no perdieron un instante para explotar tan buena ocasión, y al momento organizaron una larga procesion en toda regla, precedida por un carro, en el cual colocaron seis cadáveres ensangrentados. Esta procesion, á los gritos de: «¡Traicion! ¡Venganza! ¡Se asesina á nuestros hermanos!» pasó por los bulevares á los barrios obreros. Garnier-Pagés y Flocon excitán á la multitud, enfurecida ya con sus discursos; las campanas tocan á rebato; el pueblo, con las piedras de las calles, levanta barricadas, saquea las tiendas de los armeros y cuando apunta el alba del día 24 de febrero, se encuentra París en plena revolucion.

En las Tullerías el rey con Molé habían regateado por la noche hasta muy tarde la combinación del nuevo ministerio de hombres del centro izquierdo. Molé quiso llamar á Thiers por colega, y si bien el rey objetó: «¡Qué diría Europa, qué diría la Bolsa al saber que tenemos á este loco en las Tullerías!» al fin consintió en que se le llamase; pero Thiers no aceptó, declarando que no formaría parte de ningun ministerio sino á condicion de ser tambien su presidente. Seis horas pasaron así, y viendo Molé que nada conseguiría, renunció el encargo de formar ministerio. Cuando llegó la noticia de haber comenzado de nuevo la lucha en las calles, el mismo Guizot aconsejó al rey que encargara á Thiers la formación del nuevo gabinete, y al instante envió Luis Felipe á llamarle, así como á Bugeaud, al cual encargó el mando de las tropas en lugar de su hijo el duque de Nemours, que hasta entonces lo había tenido. Eran las tres de la madrugada cuando Thiers, despues de haber pasado por varias barricadas, llegó á palacio y á presencia del rey, con el cual luego se entendió sobre la entrada de Barrot, Remusat y Lamoricière en el ministerio; pero de lo que no quiso oír hablar Luis Felipe fué de dar una cartera á Duvergier d' Hauranne ni disolver la cámara, ni reformar la ley electoral para la convocación de una nueva cámara, exclamando: «¡Imposible! ¡no puedo separarme de mi mayoría!» En esta situación incierta citó el rey á Thiers para las ocho á una segunda conferencia, y Thiers salió de palacio convencido de las intenciones dolosas del rey. En el patio se encontró con el mariscal Bugeaud, que estaba muy agitado y alarmado por haber visto que en lugar de 31,000 hombres con que contaba solamente tenía 16,000, y estos rendidos de cansancio, hambrientos, desmoralizados, no teniendo la mayor parte mas que diez cartuchos, y los caballos sin pienso. «No importa,—dijo á Thiers,—con los cartuchos que hay tendré siempre el gusto de matar buen número de esa chusma, y esto ya es algo.» Desde allí, fué Thiers en busca de sus futuros colegas, con los cuales se presentó, efectivamente, á las ocho de la mañana en palacio, habiendo en el camino hecho lo posible para tranquilizar al pueblo y hacer cesar la lucha. El rey se mostró dispuesto á admitir á todos los ministros propuestos, pero eludió extender su nombramiento definitivo y consentir francamente en la reforma electoral. Atendida la manifiesta impopularidad del mariscal Bugeaud, nombró Luis Felipe en su lugar á su adversario personal el general Lamoricière, pero ambos militares olvidaron sus rencillas y se entendieron

(1) Esta relacion auténtica, la primera que se publicó, se encuentra en los *Souvenirs de l'année 1848*, de M. du Camp.

sin dificultad en bien del mejor desempeño del servicio. A los cueros de tropa estacionados en diferentes puntos extramuros, se envió la orden de aproximarse á las Tullerías y de mantenerse á la defensiva hasta haber recibido las municiones pedidas á Vincennes. Estas operaciones de aproximación fueron ejecutadas tan torpemente por el general Bedeau, encargado de dirigir las, que mas parecían una huida que otra cosa, quedando los puestos abandonados en poder de la multitud, que inmediatamente se abalanzó detrás de la tropa y ocupó de esta manera tambien el palacio del ayuntamiento. A las nueve de la mañana salieron del palacio Odilon Barrot y Horacio Vernet dirigiéndose á un lado y Lamoricière á otro para participar al pueblo sublevado las concesiones del rey y apaciguar así los ánimos; pero á medida que los primeros se aproximaban á los arrabales, las calles ofrecían mas desconsolador aspecto. En lugar de los guardias nacionales que allí se habían visto en gran número el día anterior, solo vieron hombres de blusa, y en lugar de la bandera tricolor, la roja. La proclama de los mensajeros no produjo ningun efecto en punto alguno, y pronto fué sustituida por otra que salió de las prensas de *La Reforme* y que decía: «¡Luis Felipe nos hace degollar como hizo Carlos X; que se vaya pues por donde se fué este!» Los dos mensajeros de la paz regresaron sin haber logrado nada. Lamoricière solo había llegado hasta el *Palais Royal*, único punto donde en esta revolucion hubo verdadera lucha por no querer rendirse un puñado de guardias municipales y un centenar de individuos del regimiento de línea número 14, que defendían el Chateau d' Eau contra los sublevados, acaudillados por la sociedad de los Derechos del Hombre. El general al llegar allí quiso hacer la paz, pero una bala le mató el caballo y él mismo recibió un bayonetazo en el brazo.

Al llegar estas noticias á las Tullerías las comunicó Thiers al rey diciendo: «La marea sube y de aquí á dos horas acaso se nos habrá tragado á todos,» y le propuso que se retirase con las tropas, poco menos que inútiles, á Saint-Cloud, donde esperaba poder reunir presto hasta 60,000 hombres, con los cuales y con la cooperacion de la guardia nacional, que entre tanto se había cansado de la anarquía, pensó recuperar la capital. Esto mismo hizo veintitres años despues cuando la *Commune* se apoderó de París. El rey, el día anterior tan sereno y animoso, no sabía ya qué partido tomar y no hacia mas que pasar á cada instante á la estancia contigua para oír la opinion de su esposa, de Guizot y de Broglie, que allí estaban, hasta que por fin decidióse antes de huir á probar la actitud en que se hallaba la guardia nacional, reunida delante del palacio. Salió al balcon, pero en lugar de dar vivas al rey, los dieron á la reforma. «Concedida está,» les gritó el rey; pero el aspecto adusto y hasta siniestro de aquella fuerza que tantas veces había vertido su sangre en defensa de su trono y del orden, le espantó y le hizo entrar apresuradamente otra vez en el interior de su palacio. En este instante, Cremieux, diputado de la izquierda, solicitó ser recibido, y admitido en seguida á presencia del rey, dijo que aun quedaba alguna esperanza; el pueblo no quería ni á Thiers ni á Bugeaud, pero un ministerio Barrot y el anciano mariscal Gerard apaciguarían los ánimos y restablecerían el orden y la paz. «Ya lo sabe V.,—dijo el rey á Thiers,—ahora le toca á V. la impopularidad.» Se extendieron dos documentos, pero no llegaron á ser firmados porque llegaron nuevas noticias, entre ellas la peor de todas, la de haberse pasado diferentes cuerpos de tropa á los sublevados, lo cual no dejaba ya mas salida que la abdicación para salvar siquiera el trono al nieto del rey, el conde de París, heredero presunto. Nemours se encargó de participar esta opinion á su anciano padre, que la aceptó sin dificultad y muy resignado.

Nemours, á quien tocaba la regencia durante la menor edad de su sobrino, le dijo entonces que en atención á las ningunas simpatías que le tenía el pueblo, seria preferible nombrar regente á la duquesa de Orleans, madre del conde de París, y al oírlo vaciló Luis Felipe, y la duquesa se arrojó con sus hijos á sus pies suplicándole que no abdicara «porque, decia, la corona es demasiado pesada para nosotros y solo vuestra majestad tiene la fuerza necesaria para llevarla.» Entre tanto la reina desfogaba su ira en invectivas, y en la antesala se oyeron, por la puerta entreabierta, voces de: «¡Abdicar, abdicar!» La escena fué patética y llegó al extremo cuando Emilio de Girardin, sin cuidarse de la etiqueta, penetró en la estancia y manifestó al rey sin preámbulos la necesidad de abdicar sin dilacion. A punto de hacerlo, dejó caer el rey otra vez la pluma escuchando las súplicas contrarias de la reina y de Bugeaud, pero su hijo Montpensier le puso otra vez la pluma en la mano y el rey extendió y firmó su abdicación; hecho lo cual abandonó con los suyos el palacio, á excepcion de la duquesa de Orleans con sus hijos y su cuñado Nemours, para salvar el trono á su hijo y la dinastía (1). Los fugitivos, en coches de alquiler y escoltados por una sección de coraceros, llegaron á Saint-Cloud.

A haberse demorado algo mas, habria sido tarde. La lucha encarnizada en el Chateau d'Eau, lucha que tampoco el popular mariscal Gerard había logrado hacer cesar, había concluido á la una de la tarde, sucumbiendo sus heróicos defensores casi hasta el último hombre, ya por las balas y bajo los golpes del pueblo, ya en las llamas del edificio incendiado; 72 hombres de tropa y 289 del pueblo habían muerto en la pelea, sin contar los heridos; y una vez caído este punto, se derramaron los vencedores sin encontrar obstáculo por el *Palais Royal* y las Tullerías. El populacho, ébrio de sangre y de vino, saqueó y devastó bárbaramente estos edificios, y el trono fué arrastrado hasta la plaza de la Bastilla y quemado al pié de la columna de la libertad.

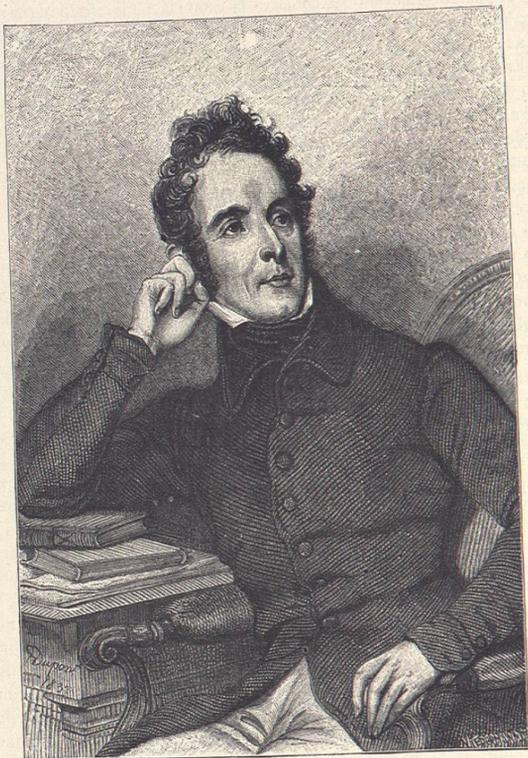
El huracan de la revolucion se llevó la regencia de la duquesa de Orleans, y lo mismo habria pasado si hubiese estado, como mandaba la ley, á cargo del duque de Nemours, porque los republicanos moderados, que quizás la habrían admitido ya que no creían llegada todavía la hora de la república, no eran escuchados ya por la multitud. Los redactores de *La Reforme*, Ledru-Rollin, Caussidière y demás eran los que dirigían á la sazón las masas, y para ellos era cosa decidida la disolución de la cámara de diputados y la proclamación de la república desde el instante en que se vieron dueños del palacio del ayuntamiento. A ellos se agregaron los republicanos moderados, para no verse preteridos y poder influir en los sucesos posteriores, y con tal propósito redactaron en las oficinas de su periódico *El Nacional* una lista de los hombres que debían formar gobierno provisional, lista que fué modificada por los republicanos de *La Reforme*. Algunos jefes de este partido llamaron aparte á Lamartine á su entrada en el palacio de Borbon, donde celebraba el parlamento sus sesiones, y le ofrecieron la presidencia de la república; y pocos instantes de reflexión bastaron para que la vanidad, ó como él decia, una iluminación del cielo (2), venciesen sus escrúpulos monárquicos y le hicieran aceptar el cargo de primer magistrado de la nacion. Caussidière, sentenciado en 1835 por conspirador á 20 años de presidio y amnistiado despues, fué nombrado prefecto de policía; Estéban Arago obtuvo el cargo de director de comunicaciones, y Garnier-Pagés se instaló, de su propia autoridad, como alcalde republicano de París en el palacio del ayuntamiento.

(1) Véase Senior, tomo I, págs. 5 y siguientes, donde refiere la relacion de Thiers.

(2) Véase su *Histoire de la Revolution de 1848*, tomo I, pág. 101.

El duque de Nemours había dejado á su cuñada, con sus hijos, en el pabellon Marsan del palacio, para ver si conseguía reunir dos regimientos que sabía se mantenían adictos á la dinastía. Barrot había buscado la duquesa para conducirla al palacio del ayuntamiento y presentarla allí al pueblo como regente, pero no la había encontrado. En cambio la encontró Dupin, que no pudiendo ya conducirla por falta de carruaje á Saint-Cloud para reunirla con su familia, se decidió á llevarla á la cámara de diputados para hacer proclamar allí á su hijo, el conde de Paris, rey de los franceses y á la duquesa regente. Al llegar allí á la una y media,

ambos fueron aclamados por la guardia nacional que guardaba aquel edificio, á donde se habían retirado también Thiers y Bugeaud. A su entrada en la sala se levantaron todos los presentes de sus asientos como un solo hombre y la aclamaron con vivas. Entre tanto había llegado también Nemours, que se colocó de pié al lado de la duquesa, y Dupin, empujado por sus amigos á la tribuna, comunica á la asamblea la abdicación del rey á favor de su nieto con su madre por regente. La cámara estuvo conforme, pero su aprobación no pudo ser oída por las voces y el tumulto que produjeron una multitud de guardias nacionales y otros



Lamartine.—Copia del retrato pintado por Dupont en 1837

individuos, que fueron penetrando en la sala. El presidente Sauzet perdió completamente los estribos en medio de la confusión. Levántase entonces Lamartine, se restablece el silencio como por encanto y el orador pide que se suspenda la sesión hasta que se hayan retirado la duquesa y su hijo, que efectivamente van á sentarse en el último banco. Esto fué el golpe de gracia dado á la monarquía de 1830, porque apenas hubo cesado la pequeña interrupción cuando el diputado Marie, fundándose en la violación de la ley de regencia con la designación de la duquesa para este cargo, propuso el nombramiento de un gobierno provisional. Cremieux aplaudió la idea y también la aplaudió el público que había penetrado en la sala y ocupaba las tribunas. Odilon Barrot, mas varonil y mas consecuente y rígido que Lamartine, había rechazado todos los ofrecimientos que los republicanos le habían hecho también; como ministro nombrado por Luis Felipe todavía, si bien á última hora, defendió los derechos de su nieto y de la duquesa, y esta misma trató de hablar,

pero nadie les oyó; nuevas turbas invadieron el salón gritando: «¡Abajo la monarquía!» varios oradores se disputaban la tribuna, y el presidente, impotente para dominar el tumulto, se cubre. Finalmente, consigue hacerse oír Ledru-Rollin, y dilatando intencionadamente su discurso para dar tiempo á que se restablezca el silencio, propone que se nombre un gobierno provisional, no por la cámara sino por el pueblo, representado por una asamblea convocada expresamente á este fin. Lamartine aprueba la idea, pero entonces la multitud de fuera fuerza la puerta é inunda el salón gritando: «¡Fuera cámara, fuera diputados!» Eran secciones de las diferentes sociedades secretas, avisadas por Estéban Arago de la recepción favorable que la cámara había dispensado á la duquesa de Orleans. Uno de la turba apuntó á la tribuna, que ocupaba todavía Lamartine, pero á tiempo le avisó una voz gritando: «¡Cuidado, que es Lamartine!» y se salvó el presidente presunto de la república, que se dió prisa á salir de allí, seguido en breve por la mayoría de los diputados.

Entonces el anciano Dupont de l'Eure (1) fué conducido al sillón de la presidencia y despues de un corto exordio para restablecer el silencio y el orden, leyó una lista de nombres para formar un gobierno provisional. En seguida se levantó Ledru-Rollin y dirigiéndose á la multitud dijo: «Acaban de protestar algunos contra esta lista. No es fácil nombrar así á la ligera un gobierno provisional; con permiso de la cámara iré diciendo los nombres que al parecer tienen á su favor los votos de la mayoría. A medida que los cite, se aprobará ó desaprobará su elección contestando *si ó no*.» De esta manera fueron aclamados Dupont para presidente y luego como ministros Francisco Arago, el matemático y astrónomo, Lamartine, Ledru-Rollin, Garnier-Pagés, Marie y Cremieux, que fueron acompañados en triunfo por la muchedumbre al palacio del ayuntamiento. Allí habían instalado ya otro gobierno los hombres de *La Reforme*, con idéntico derecho que la multitud que había invadido la cámara de diputados; pero habiendo buena voluntad y patriotismo por ambas partes, se arregló el asunto confirmando á Caussidière y Estéban Arago en los cargos que ellos mismos se habían concedido; el obrero Albert fué nombrado ministro sin cartera en calidad de figurante para contentar á su clase, y Luis Blanc, A. Marrast y Flocon fueron nombrados secretarios, si bien no tardaron en cobrar la misma autoridad que los demás miembros.

El nuevo gobierno, no teniendo tiempo que perder, pues el pueblo quería saber á qué atenerse, se puso á trabajar acto continuo, pero las masas soberanas que llenaban todas las estancias, corredores y escaleras del vasto edificio, pedían á gritos la proclamación de la república, y en vano el gobierno solicitó un plazo, aunque fuera corto, para reflexionar sobre cosa tan ardua y trascendental; tres veces cambió de aposento para estar solo, siempre temiendo ser atropellado á cada instante por los insurrectos impacientes, contra los cuales se estrelló hasta la elocuencia de Lamartine. Redactáronse proclamas, una tras otra, cada una algo mas avanzada que la anterior, porque los hombres que pocas horas antes tenían convicciones sinceramente monárquicas repugnaban arrojarse á ciegas y tan precipitadamente á la mar de la república, cuya extensión nadie podía fijar y hacia la cual empujaban sin cesar Ledru-Rollin y Luis Blanc y tras ellos el pueblo. Solo la voz república tenía la fuerza mágica para contentar y tranquilizar al pueblo vencedor, y á ella se había de venir á parar forzosamente. Así se hizo adoptándose la fórmula propuesta por Cremieux, que conciliaba todos los extremos, y fué proclamada al instante siendo ya las diez y veinte minutos de la noche. Decía así esta fórmula: «El gobierno provisional quiere la república, salvo la aprobación del pueblo, que será consultado sin demora.»

Al salir precipitadamente del salón de la cámara de diputados la duquesa de Orleans perdió á su cuñado Nemours y á sus hijos en el laberinto de los pasillos y aposentos, y habiendo encontrado al diputado Lasteyrie, se dejó conducir por este al palacio de los Inválidos. El conde de Paris pudo ser arrancado á tiempo de manos de un salvaje que iba á estrangularlo, y fué llevado al lado de su madre; á su hermano menor encontró y salvó un portero, y habiéndose

(1) Contaba 81 años á la sazón.

convencido la duquesa de que toda esperanza era ilusoria, huyó con sus hijos á Bélgica, muy á tiempo para no ser detenida y puesta en prisión. Su cuñado Nemours, valiente y caballero, permaneció todavía algunos días en Paris antes de ponerse también en salvo. Luis Felipe con los que le acompañaban despidió su escolta y se trasladó de Saint-Cloud á Trianon, donde alguien le vió arrimado á un árbol con la mano en la frente, exclamando con voz oprimida: «¡Peor, mil veces peor que Carlos X!» Pero no había tiempo de entregarse á lamentaciones. Antes de salir de Francia pasó el rey con su esposa á Dreux para llorar sobre la tumba de su hijo, mientras los demás se dirigieron á la frontera mas próxima. En Dreux supieron los reyes la proclamación de la república, y el recuerdo de la guillotina en que había muerto su padre les aconsejó ponerse en salvo cuanto antes. El pobre anciano y su esposa, bien ó mal disfrazados, se dirigieron á la costa, donde estuvieron ocultos hasta que el mar permitió el embarque y la travesía, que fué el 2 de marzo, día en que llegaron los viajeros á Southampton. Ya en el hospitalario territorio inglés, la familia real destronada estableció su morada en el palacio de Clermont, propiedad del rey de los belgas. Allí murió Luis Felipe en 26 de agosto de 1850. Sus hijos Joinville y Aumale, tan pronto como supieron lo ocurrido dimitieron sus respectivos cargos, aquel de almirante y este de gobernador general de Argelia.

Esta revolución de 1848 no fué en el fondo mas que un atrevido golpe de mano extemporáneo de una turba de conspiradores, sin necesidad apremiante, como la que había en 1789 cuando el pueblo gemía bajo el peso abrumador de los impuestos y del despotismo. La nación gozaba de orden, de paz, de bienestar y de libertad, y si deseaba reformas, no pensaba ni remotamente en lograrlas por medio de un cataclismo y un trastorno brutal y general. Si la revolución trascendental pudo realizarse á pesar de esto, fué debido por un lado al ejército formidable que la clase obrera podía poner á cada instante á disposición de unos cuantos corifeos republicanos, desde que Paris se había hecho en los últimos decenios la principal ciudad manufacturera de Francia, y por otro lado, á la indignación producida por la profunda é incurable corrupción del gobierno y por la falsedad y obstinada y ciega resistencia ribeteada de tendencias absolutistas del rey. De nada sirvió á Luis Felipe el ejemplo que le había dejado su predecesor, ni su ministro, á pesar de ser conocedor profundo de la historia, tuvo el talento de ver ni comprender la poderosa corriente moderna ni las nuevas condiciones sociales. A todas estas causas se agregaron otras mas poderosas todavía, mas permanentes y sobre todo mas trascendentales, á saber, la codicia insaciable y la obcecación de las clases favorecidas por la fortuna, el clero, la nobleza, y últimamente la clase media; la creciente propaganda democrática, niveladora, y finalmente, la preponderancia de la capital sobre todas las provincias y ciudades del país, preponderancia que facilita, por un lado, la introducción de progresos é imposibilita guerras civiles y trastornos sociales duraderos; pero que por otro lado pone á toda la nación á merced de los que desde Paris tomen su nombre y sean bastante osados y afortunados para atraerse á las masas que tienen la fuerza bruta. Así una generación puede destruir en un día lo que otras han edificado.